

GRANADILLO, TANIA & HEIDI ORCUTT-GACHIRI (EDS.). 2011. *Ethnographic contributions to the study of endangered languages*. Tucson: The University of Arizona Press. 230 pp.

Reseñado por Javier Carrera Rubio
Universidad de Extremadura/IVIC
jcarrerarubio@yahoo.com

Hablar de las lenguas amenazadas, la pérdida progresiva de lenguas autóctonas y de la diversidad cultural y lingüística que conlleva pareciera que inevitablemente nos obliga a generalizar. ¿En qué rincón del mundo no se da un caso de una comunidad o pueblo indígena que no haya abandonado el uso de su lengua para adoptar la lengua mayoritaria? Como escribe Jane H. Hill en el prólogo de la obra, estamos frente a un fenómeno global, que se da en una escala planetaria. Un claro ejemplo de este fenómeno se refleja en el libro que aquí reseñamos, “Contribuciones etnográficas al estudio de las lenguas amenazadas”, editado por Tania Granadillo y Heidi Orcutt-Gachiri, que presenta once casos de estudio sobre lenguas amenazadas de comunidades y pueblos pertenecientes a los cinco continentes: las Américas, África, Europa, Asia y Oceanía. Sin embargo, si bien el fenómeno es global, las causas que lo originan, así como las múltiples respuestas de las diferentes comunidades lingüísticas ante el problema, son diferentes. Y este es el principal aporte del libro. Alejándose de un enfoque meramente lingüístico, que tradicionalmente ha privilegiado el estudio de la estructura de las lenguas sobre el contexto sociohistórico, el libro es un excelente ejemplo de la importancia que tiene entender las diversas situaciones por las que atraviesan las lenguas, es decir, los contextos sociales tanto presentes como pasados de sus hablantes. Como escriben las editoras: “sentíamos que debería haber un volumen de trabajo que se centrara únicamente en los contextos de las áreas donde se producen los cambios de lenguas, sus amenazas, su mantenimiento y revitalización” (p.1). Las editoras también enfatizan la importancia que se le ha concedido a lo largo de todo el volumen a la agencia individual y comunitaria de los hablantes dentro de los procesos sociohistóricos particulares en los que vivieron en un pasado o viven en el presente.

El libro se divide en tres partes, con un prólogo y una nota final. La primera parte “Efectos de las políticas educativas” trata sobre los efectos que las instituciones educativas han generado para que se produzcan cambios en las lenguas, así como los contextos en los que se han dado las circunstancias para su mantenimiento. Tras el capítulo introductorio escrito por las editoras, en el capítulo 2, Heidi Orcutt-Gachiri, quien realizó un trabajo de campo en Kenya, describe cómo un sistema educativo basado principalmente en el inglés y el kiswahili, lenguas que hay que dominar para pasar un sistema de exámenes altamente competitivo, genera las bases para que se dé una ideología lingüística en la que las lenguas indígenas se ven marginadas. Las lenguas indígenas no son vistas como un recurso simbólicamente valorado dentro de las expectativas que la gente tiene de una mejor vida. Educación y desarrollo forman parte de un mismo discurso que tiene como base principal el inglés, relegando las demás lenguas a un plano doméstico.

En el capítulo 3, Olga Kazakevich describe el papel de la educación, y sus efectos no deseados, sobre las lenguas amenazadas en Siberia y el lejano Este. Tras una sólida revisión histórica de las diferentes políticas educativas relacionadas con las lenguas indígenas, ofrece una evaluación de la situación actual. Hoy en día, escribe Kazakevich, “La televisión y el sistema educativo existente son los dos instrumentos más poderosos que funcionan en contra de las lenguas minoritarias” (p.35). El peor de los prejuicios que se mantiene sobre las lenguas minoritarias es la idea, generalmente aceptada tanto en el interior como en el exterior de las minorías étnicas, de que “aprender la lengua de la mayoría, que da acceso a la educación, carrera profesional, y prosperidad, es posible solamente al abandonar la lengua ancestral” (p.35). La creación de materiales educativos nuevos y una documentación extensiva de cada una de las variantes de las lenguas minoritarias son uno de los caminos para mejorar la situación existente. Kazakevich concluye recordando que lo primero por hacer para cambiar esta situación sería hacer públicas las ventajas del multilingüismo y el valor de las lenguas y culturas.

En el capítulo 4, Lynn Landweer nos ofrece el resultado de sus investigaciones en Papua Nueva Guinea (pueblos Gabobora y Doga) y muestra que los efectos de la educación escolar en inglés no representan, en contraste claro con los dos capítulos anteriores, una amenaza tan seria para las lenguas indígenas. En un minucioso estudio que aporta numerosos datos cuantitativos, demuestra como una estrecha relación entre la lengua y

la identidad favorece el uso de las lenguas indígenas en los contextos domésticos del hogar, sin ser tan fácilmente desplazadas por el uso del inglés. Un dominio más crítico para el mantenimiento y uso de las lenguas vernáculas se puede observar en la autoidentificación “rural” vs. “urbano” que algunos hablantes usan, lo que demuestra como en los contextos urbanos el uso del inglés sí supone un cierto riesgo frente a las lenguas vernáculas. Finalmente, la autora sugiere la necesidad de una revisión de la asumida ecuación entre educación formal y la pérdida de las lenguas: la educación formal “solamente” no es suficiente para generar la pérdida de las lenguas indígenas (p.54).

La segunda parte del libro se centra en los “Efectos de la revitalización”. El capítulo 5 trata sobre los efectos no predecibles de un proyecto de revitalización entre los Kumeyaay de la Baja California. La autora Paula Meyer trabaja en conjunto con Jon Meza Cuero, líder Kumeyaay, y describe de una manera narrativa, en la que incluye los testimonios de los mismos indígenas, aspectos que a primera vista podrían parecer obvios, como por ejemplo la mejor organización de los grupos por familias extendidas en vez de pensar en la comunidad como unidad básica para los programas de revitalización. Uno de los efectos imprevistos del programa de revitalización resultó en una mejora de la autoestima y orgullo de ser indígenas, lo cual nos indica el valor social de la lengua como herramienta de cohesión grupal y reafirmación étnica.

El capítulo 6, escrito por Marie-France Patte y dedicado al pueblo Añú (también conocidos como Parauhano) de Venezuela, trata sobre sus esfuerzos para el mantenimiento de la lengua y del programa de revitalización en marcha. Tras analizar los aspectos más relevantes causantes del declive de la lengua, entre los cuales se encuentra la contaminación del agua debido a la expansión de la industria petrolera, la autora introduce una serie de narrativas orales que juegan un papel importante en el mantenimiento de la lengua. La recolección y análisis de narrativas orales son algunas de las herramientas de la antropología lingüística que la autora considera importantes para combatir la pérdida de la lengua y que contribuyen en los esfuerzos de revitalización. La documentación de la lengua y la creación de materiales escritos (historias, tradiciones, mitos) son fundamentales para que la lengua pueda pasar a la siguiente generación, aunque la autora señala las dificultades que esto entraña; por ejemplo, la selección de una variante de la lengua sobre otras. Finalmente, la dificultad de organizar encuentros entre los pocos hablantes que quedan saca a la luz aspectos de una cierta

discriminación interna. En una sociedad bilingüe, donde la lengua indígena no es vista como un valor en sí misma, los hablantes que quedan suelen ser personas mayores que, por varios motivos, quizás no quieran hacerse “visibles” (p.89).

El capítulo 7, escrito por Melissa Rinehart, se centra en el estudio de las ideologías lingüísticas de varios grupos de hablantes de la lengua miami y en qué medida los efectos devastadores de la colonización y del genocidio están presentes en estas mismas ideologías. La autora resume la terrible historia de este pueblo y sus vicisitudes a lo largo de los últimos cuatro siglos creando así un contexto histórico profundo que permite entender mejor el presente. La autora explica que cualquier esfuerzo de revitalización debe tener en cuenta lo que los propios indígenas piensan y sienten sobre su lengua, así como el contexto sociohistórico que generó esas mismas ideas. Según Rinehart, el cambio de lengua responde a “un proceso lento y complejo que resulta de muchos eventos y elecciones hechas en los últimos 400 años” (p.95), con lo que nos recuerda evitar cualquier simplificación a la hora de entender la pérdida progresiva de la lengua. Es por medio de un “análisis etnohistórico cuidadoso que la profundidad de las ideologías contemporáneas del lenguaje pueden ser mejor entendidas” (p.108).

La tercera y última parte del libro se centra en los “Efectos de los procesos sociohistóricos”. El capítulo 8, escrito por Barbara Hoffman, describe como la realidad actual de la lengua igo en Togo ha sido consecuencia de una suerte de factores, incluyendo la estructura política de la sociedad Ogo y el liderazgo particularmente carismático del líder supremo Gassou IV, un hombre con una historia apasionante y con unas historias no menos fascinantes. En este trabajo podemos ver como otra de las herramientas clásicas de la antropología lingüística, la grabación de historias de vida orales, debidamente transcritas, contextualizadas, traducidas y analizadas, son un medio de acceso privilegiado para entender la realidad de la gente que las cuenta y sus ideas sobre el uso de la lengua.

El capítulo 9, escrito por Tania Granadillo, nos ofrece un nuevo ejemplo de las contribuciones de la antropología lingüística para el estudio de las lenguas amenazadas. La autora realiza una descripción etnográfica de los hablantes del kurrupaco, lengua de familia Arawak que se habla en Venezuela, Brasil y Colombia, en la que demuestra la importancia de contextualizar la agencia de los hablantes para entender aspectos del mantenimiento de la lengua y su revitalización. La autora presenta la investigación realizada en dos comunidades kurrupaco que, debido a su

diferente ubicación en relación con la capital del estado, representan dos contextos bien diferentes. Describe la manera como las decisiones que dos familias –una en cada comunidad– toman en relación con el uso de la lengua y sus particulares ideologías lingüísticas son un factor determinante a la hora del mantenimiento de la lengua. El trabajo demuestra la importancia de entender el contexto en el que estas decisiones (ej. dónde y cuándo hablar kurripaco y/o español, con quién, etc.) son significativas para los propios indígenas, lo que permite sacar a la luz la estrecha interrelación entre la agencia personal y las estructuras más amplias presentes en los escenarios de sus vidas cotidianas.

El capítulo 10, escrito por Lars von Karstedt, describe la triste situación de una lengua, el öömrang, un dialecto del frisian que se habla en la isla alemana de Amrum. La pérdida de la lengua es aquí una consecuencia directa del funcionamiento de la economía local y regional: el alto valor de las viviendas locales debido a la alta demanda de turistas. Como escribe el autor, la belleza de la isla y sus recursos naturales son “una bendición desde una perspectiva económica” pero desde la perspectiva lingüística ha llegado a ser una “maldición” (p.159). Este panorama hace predecir al autor, de forma pesimista, que muy probablemente la economía de mercado imperante en la región hará que la lengua öömrang desaparezca en “solo unas pocas décadas” (p.160).

El capítulo 11, escrito por Mark Sicoli, refleja la situación de dos pueblos de la región de Oaxaca, en México. Un pueblo, Asunción Mixtepec, es más rural y principalmente monolingüe en español, mientras que el otro, Santa María Lachixío, es más urbano, pero los niños son bilingües en zapoteco y español. Centrándose en describir la agencia y la ideología de la lengua, Sicoli muestra la importancia de las historias locales para, tratando de adoptar el punto de vista de los indígenas, entender las prácticas sociales que acompañan y hacen significativos los cambios en el uso de la lengua. El cambio de lengua en Asunción se debe al cambio de unas normas bilingües por una norma monolingüe. Es decir, se incorpora una ideología de monolingüismo, y no simplemente se da el cambio de lengua del zapoteco al español debido a causas estructurales (por ejemplo, la imposición del español por causas económicas, políticas, religiosas, etc.). De manera inversa, en Lachixío, a pesar de su cercanía con el mundo urbano, el mantenimiento del zapoteco es el resultado directo de asumir una ideología de bilingüismo como respuesta a la imposición de una ideología nacional basada en la adopción del español como lengua única y unificadora. Sicoli concluye

señalando como estos dos casos contradicen la clásica forma de entender el concepto de agencia en los estudios sobre el cambio de las lenguas.

El capítulo 12, escrito por Heidi Altman, quien trabaja con los Cherokee de Carolina del Norte, describe los efectos no previstos de la globalización sobre el mantenimiento de la lengua y los esfuerzos de revitalización. En particular, y debido a una situación económica muy favorable tras rechazar los modelos de desarrollo impuestos desde fuera y establecer un casino, los Cherokee han sido capaces de manejar su presente desde su particular visión del mundo globalizado. Esto, a su vez, ha generado toda una serie de acciones y programas de revitalización lingüística y cultural.

La nota final escrita por la poeta y lingüista Ofelia Zepeda nos recuerda sus experiencias como hablante o'odham en un contexto en el que toda su familia lo hablaba y era la única lengua de comunicación. Después, llegó el tiempo de ir a la escuela y las cosas cambiaron. Su mensaje, sin embargo, es de aliento para que el fuerte impulso del trabajo con las lenguas indígenas no cambie y para que las políticas de apoyo a este trabajo se mantengan.

Para concluir, el libro es una excelente y novedosa contribución que invita a un diálogo entre etnografía, historia y antropología lingüística, a favor de sumar fuerzas en el trabajo conjunto con los pueblos y las comunidades indígenas cuyas lenguas están amenazadas. En particular, esta contribución es de suma importancia en el contexto actual de las lenguas indígenas en Venezuela, donde encontramos situaciones lingüísticas muy diversas y lenguas que están severamente amenazadas.

Tras la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999) con su prometedor articulado indigenista, se dan las condiciones para la implementación de programas de educación intercultural y bilingüe innovadores, así como proyectos de revitalización lingüística. En consonancia con esto, el libro reseñado constituye entonces un valioso ejemplo de casos de estudio que, sin duda, servirán de referencia para la elaboración de nuevos proyectos y para mejorar el diseño de políticas públicas relacionadas con las lenguas indígenas del país.